

logía, de carencia, de terapéutica, de intervención, ¡qué sé yo cuántos más!

Seducidos por el rigor de las soluciones mecánicas, ciertos espíritus de nuestra profesión gustan de encontrar, en esa cirugía de los mecánicos, una prefiguración de lo que la cirugía humana, según sus deseos, debería ser, en el porvenir.

Una voz secreta me dice que es ésta una ensoñación frívola aún más que temeraria.

Por difíciles que sean, los problemas que nos suscitan los organismos inanimados, se presentan desde ahora como destinados a una solución total. Pensemos en las máquinas familiares que nos rodean y no deploramos demasiado los defectos de estas fabulosas servidoras, no lamentemos demasiado las fallas de su estructura o de su funcionamiento, no perdamos demasiado tiempo en desear el remedio de sus deficiencias: nosotros somos todos lo bastante clarividentes para saber que todas esas imperfecciones se remediarán, que todas esas fallas serán subsanadas muy pronto, que todos los achaques de esas delicadas personas, apenas han sido señalados, suscitan cien triunfantes cirugías. Yo saludo con el conveniente entusiasmo esta ingeniosidad menor, pero no puedo menos de pensar que en los éxitos de las ciencias mecánicas, habrá en lo sucesivo un carácter de feliz fatalidad que para el verdadero investigador, podría motivar un desaliento.

De estos éxitos ineluctables y seductores, los artistas de la materia humana han derivado algunas lecciones sabias. Yo admiro que en estomatología y aun en ciertos problemas de la cirugía de los huesos, en suma, en lo que podría llamarse cirugía mineral, la ciencia que nosotros venimos a honrar aquí, haya llegado, hábil y perseverantemente, a libertar el campo operatorio de las servidumbres y de los caprichos de la vida, a aislarlo en cierto modo del tumulto biológico o, para mejor decir, a limitar, a restringir el determinismo en acción. Y, no solamente, sino que estoy persuadido de que esta aplicación de la regla cartesiana, esta prudente manera de sacar el problema fuera del nudo horriblemente embrollado de las contingencias vitales, es algo más y mejor que una simple táctica: es un método excelente y que aún ha de reservaros preciosas recompensas.

Pero lo que hace el mérito de vuestro esfuerzo y la grandeza de vuestra profesión—de esta profesión que justamente acabo yo de calificar de audaz—¿no será observar cómo se enfrenta con dificultades que sabemos son infinitas, porque se encuentran en incesante transformación y en renacer incesante?

De todas las ciencias actuales, las de la vida y las ciencias médicas son, sin duda, aquellas en que las reservas de lo desconocido parecen más grandes, más cargadas de sorpresas, de deslumbramiento y de oscuridad. Los problemas a los cuales vosotros, médicos, aplicáis vuestras virtudes y vuestra energía, tienen toda la complejidad de los problemas de la materia y, además, la intimidante perplejidad de los problemas del alma. Bien lo sabéis vosotros, y es un honor que lo sepáis: todo

problema quirúrgico, aun el más elemental en apariencia, incluye un problema técnico del que desborda por todas partes un grave problema moral.

No sois vosotros de los que se empeñan en simplificar atrevidamente los enigmas de la vida; sabéis que tal simplificación no constituye casi nunca una solución verdadera. El éxito que tan liberalmente os ha favorecido no llegará a ilusionaros demasiado. Mejor que nadie, sabéis que ningún triunfo está delimitado y que hay que triunfar todos los días, es decir, muy humildemente recomenzar todos los días.

Pascal decía: "Yo había creído encontrar muchos compañeros en el estudio del hombre y también que era éste el más propio del hombre. Me he equivocado. Son muchos menos los que se consagran a tal estudio, que al de la geometría". De este estudio del hombre de que habla Pascal, y que es el más engañoso si los hay, vosotros habéis hecho el fundamento de vuestra ciencia y de vuestro poder.

Maestros en el arte de prevenir y de curar, lo que fuerza mi admiración cuando pienso en vuestra labor, no es solamente el conocimiento de todo lo ya descubierto, es, además, el meditar en todo cuanto os queda por descubrir, en todo lo que, sin duda, no dejaréis de descubrir en la sucesión de los años y de los días. Así, pues, al mismo tiempo que ante la belleza de vuestra obra, yo me inclino hoy, con respeto y con fe, ante la inmensidad de la tarea que os está encomendada.

(De *Les Nouvelles Littéraires*).

## La Democracia es una Concepción del Mundo

Esta notable entrevista del Presidente Masaryk con el escritor checo Carel Capek, puede ser considerada como la síntesis de su pensamiento político y, en cierto modo, como el testamento espiritual del ilustre fundador de la República checoslovaca.

¿COMO formularía usted su argumento más profundo en pro de la democracia?

—¿Mi argumento más profundo en pro de la democracia? Pues es la fe en el hombre, en el valor del hombre, en su ser espiritual y en su alma inmortal; allí reside la verdadera igualdad metafísica. Moralmente hablando, la democracia aparece como la aplicación política del amor al prójimo. ¿Lo que es eterno podría permanecer indiferente ante lo que es igualmente eterno? Lo eterno no podría abusar de lo eterno para hacer presa de él y aplastarlo.

—En definitiva, usted encuentra que la base de la democracia es la religión. Y si me atrevo a expresar todo mi pensamiento, usted es, en cierto modo, un teócrata.

—No tengo miedo a las palabras y no tendré, por consiguiente, nada que objetar a la expresión de usted, a condición, sin embargo, de que entienda usted verdaderamente la teocracia como un “gobierno que emana de Dios”. Yo concibo el Estado, la vida del Estado, la política, como concibo la vida entera, *sub specie aeternitatis*. Una verdadera democracia, fundada sobre la caridad y el respeto a los demás, quienes quiera que sean, sería la realización del orden divino en este mundo.

La democracia no es solamente una cierta forma de gobierno, y no se reduce a lo que se halla inscrito en las constituciones. La democracia es una concepción del mundo, y reposa sobre la confianza en los hombres y en la humanidad. Ahora bien, no hay confianza sin amor, y no hay amor sin confianza. La democracia, dije yo un día, es la discusión. Pero una verdadera discusión no llega a darse sino entre gentes que se tienen una confianza recíproca, y buscan honradamente la verdad. La democracia es una conversación que se sostiene entre iguales, es la meditación común de los ciudadanos libres a la faz de todo el pueblo. “Parlamento”, bellísima palabra, de la que debemos hacer una realidad.

“Entre iguales”, acabo de decir... Pero—bien lo sé—los hombres no son iguales entre sí. En ninguna parte, ni en la naturaleza ni entre los hombres, existe la igualdad; por todas partes no vemos sino diversidad. No somos verdaderamente iguales los hombres, sino por nuestra condición de almas inmortales. “Libertad, igualdad, fraternidad”; la Revolución francesa aceptó también, efectivamente, el mandato de Jesús, el mandato del amor al prójimo. Esto parece paradójico, y, sin embargo, es exacto: aun los racionalistas franceses fueron teócratas, aunque no hayan pensado en Dios sino como en un Ser Supremo.

El ideal de la democracia no es solamente político, sino también social y económico. El comunismo, yo lo rechazo. Sin individualismo, sin el concurso de individuos bien dotados, sin jefes capaces, sin genios, el funcionamiento de la sociedad no puede organizarse de manera razonable y justa. Socialmente hablando, la democracia no es otra cosa que el triunfo logrado sobre la miseria degradante. En una república, en una democracia, no ha de permitirse a ningún particular, a ninguna clase social, vivir a expensas de sus conciudadanos. Porque en una democracia, el hombre no podría ser un simple medio para el hombre. La diversidad acordada por la naturaleza debe ser organizada, por la división y la jerarquía de funciones. Y ¿cómo organizar a los hombres, si no es distinguiendo superiores y subordinados? Pero organización significa servicio mutuo, y no privilegio ni dominio de aristocracias. Jefes, y no señores, es lo que la democracia necesita.

Yo acepto la democracia con las consecuencias económicas y materiales que trae consigo. Pero la

fundo sobre el amor... Sobre el amor y sobre la justicia, que es la matemática del amor, y sobre la idea de que nuestro deber aquí en la tierra, es el de cooperar al establecimiento del orden divino, aspirar a obrar en el sentido de la voluntad divina.

En nuestros días, bien lo sé, es del materialismo de donde se deducen a menudo los principios de la democracia. Por más que el materialismo, en nuestros días, haya sido ya dejado atrás en el terreno científico—recordad lo que las ciencias modernas nos enseñan a este respecto—, subsiste, empero, en la tendencia a conceder valor excesivo a las condiciones materiales de la existencia. Bien lo sé, ha existido y existe una opresión material, pero no es ella, sino una parte de la opresión moral. Una de las objeciones hechas al teísmo es que la fe en la inmortalidad y el amor al prójimo se contentan fácilmente con la práctica de la filantropía, de la limosna...; y no es por cierto de aquí, se dice entonces, de donde ha surgido la moderna exigencia moral, el deseo de acabar con toda miseria por medios jurídicos y legislativos. Sin embargo, yo no veo por qué el teísmo no habría de llevarnos a la misma táctica. Pues el teísmo, o sea la religión en general, no es una simple actitud personal; es también orden colectivo y tiende, por donde quiera y siempre, a transformarse en organización. Un amor razonable, una religión dirigida por la razón, no descuidará los medios de realizar el ideal de humanidad por medio de leyes, pero nunca esto nos dispensará de alimentar el deber de compasión y de ayuda mutua. Sería bien extraña una democracia en que no tuviera lugar la iniciativa moral de las personas.

... ¿La crisis de la democracia? Pero ¿qué cosa no se encuentra actualmente en crisis? Vivimos en plena transición; recuerde usted las palabras de Svehla: “La guerra dura todavía, aun cuando los cañones han enmudecido”. Todos nosotros—y todos los Estados y todos los pueblos—atravesamos por un período penoso de transformación. Es absurdo exigir, desde luego, una obra perfecta y definitiva. Esto no quiere decir que nuestra democracia, nuestras instituciones, no puedan ser mejores que como actualmente son. La democracia tiene defectos, sencillamente porque los ciudadanos también los tienen.

Considere usted un poco nuestro propio caso. Durante siglos hemos estado privados de dinastía nacional y, con raras excepciones, no hemos tenido una nobleza provista de conciencia nacional. Entre nosotros no han existido grandes fortunas ni hombres extraordinarios; tanto por nuestra historia como por nuestro carácter, estamos preparados para la democracia. Desde un punto de vista intelectual, es con la Europa Occidental con la que estamos ligados; razón de más para adherirnos a cierto racionalismo democrático. De cuerpo y de alma, somos un pueblo demócrata. Si nuestra democracia padece de insuficiencias, remedie esas insuficiencias, pero dentro de la democracia.

Hay gentes que opinan, por ejemplo: “Se diría que el Parlamento es cosa insuficiente”. Debiera

añadirse: "Insuficiente hasta hoy". El Parlamento es elegido por los votantes, y ¿quién, hasta hoy, se ha encargado de la formación política y moral de éstos? Pues el antiguo régimen. Diputados que hayan sido enteramente formados por la República, no los tenemos todavía. La democracia no debe ser algo que exista solamente en el papel de la constitución y en los labios de los demagogos. Aun el mejor de los Parlamentos no podría determinar, mediando el simple voto, qué son la verdad, el derecho y la moral. Pues la verdad, los principios fundamentales de la política, el derecho, la moral, no son de tal naturaleza que puedan ser sometidos al principio de la mayoría de votos. Y no es la democracia, tampoco, la que hace la educación de los hombres. Las conciencias rectas son formadas por la familia, por la escuela, por las iglesias, por diferentes instituciones, por la literatura y la prensa; ¡qué sé yo! Pero la democracia se opone a todo esto? Guardémonos, sin embargo, de caer en un círculo vicioso. Son los demócratas quienes hacen la democracia y los mejores demócratas integrarán una democracia mejor. Reconozcamos tan sólo que los "intelectuales" tienen en esto su parte de responsabilidad: sacerdotes, profesores y maestros, escritores, funcionarios, en una palabra, todos los que educan y dirigen al pueblo. Admitiendo que la democracia sea una mayoría dirigida, ¿dónde están los guías? Con justa razón un autor francés contemporáneo ha denunciado la traición de los guías.

Cuando la guerra hubo terminado, me dije: Sin duda es una República la que va a constituirse entre nosotros; pero una República dictatorial para comenzar. Y bien, ya ve usted que nuestra República no ha tenido que recurrir a estos medios. No tengo miedo a las palabras y, por tanto, diré que la democracia no puede prescindir de cierta dosis de dictadura. Cuando el Parlamento no sesiona, el Gobierno y el Presidente de la República son quienes tienen calidad para decidir, y deciden; pero ellos están atados por las leyes, y en seguida serán sometidos a la crítica y al control del Parlamento, a la crítica de la prensa y de las reuniones públicas. Ahí radica, precisamente también, el fundamento de la democracia: la libre crítica y el control público.

Yo soy partidario resuelto, pero no partidario ciego de la democracia. Los lados flacos del sistema, los conozco también y no se me ha escapado ninguna experiencia. A pesar de lo cual no me he arrepentido nunca, ni por un momento, de la decisión que tomé a mi vuelta de la guerra: servir a la democracia y a la República.

La democracia es la garantía de la paz. Para nosotros y para el mundo.

## AUTOBIOGRAFIA

Por PETER ALTENBERG

Nací en 1862 en Viena. Mi padre es comerciante. Tiene una particularidad: no lee libros franceses desde hace cuatro años. Sobre su cama está colocado un maravilloso retrato de su dios, Víctor Hugo. Se sienta por la noche en su silla de color rojo oscuro, lee la *Revue des Deux Mondes*, cubierto con una bata azul de anchos paños de terciopelo, a la Víctor Hugo. No, un idealista como éste ya no hay en el mundo. Le preguntaron una vez:

—¿No está usted orgulloso de su hijo?

Respondió:

—No me molesté mucho al ver que durante treinta años fue un azotacalles; ahora no me siento muy honrado porque haya resultado poeta. Le dí libertad, sabía que era un juego de *bassebanque*. Contaba con su alma.

Sí, verdad. De la libertad que me diste tú, el más noble y más raro de los padres, de esa dádiva divina no he hecho mal uso durante mucho tiempo. He amado ardientemente nobles e innobles mujeres; me he paseado por los bosques sin objeto; fui jurista sin estudiar derecho; fui médico sin estudiar medicina; librero sin tener libros que vender; amante que no se ha casado; y, al fin de cuentas, poeta que no ha dado poesías. Porque ¿son poesías estas cosillas? No, de ningún modo: son extractos. Extractos de la vida. La vida del alma y del día fortuito disecada, purgada de lo superfluo, como la carne de las vacas en las latas de Liebig. Pertenece al lector la tarea de disolver estos extractos con su propia fuerza, convertirlos en caldos sabrosos, hacerlos hervir de nuevo con su propio espíritu; en una palabra: hacerlos digestivos y flúidos. Pero hay estómagos espirituales que no toleran el extracto. Se les hace pesado y corrosivo. Necesitan noventa por ciento de caldo y de materia flúida.

¿Con qué habían de disolver estos extractos? ¿Con sus propias fuerzas, acaso?

Tengo, pues, muchos contradictores. Dispéuticos del alma, sencillamente malas digestiones. Tengo para mí que es más artístico lo que uno calla sabiamente que lo que expresa con intemperancia. ¿No? Me gusta el procedimiento abreviado, el estilo telegráfico del alma.

Quisiera pintar un hombre en una frase, un suceso del alma en una página, un paisaje en una palabra. Tiende el arma, artista; apunta; apunta; apunta, tira al negro. Basta. Y ante todo, escúchate a tí mismo. Da oídos en tí a tu propia voz. No tengas vergüenzas de tí mismo. No te dejes asustar por tus mismos sonidos, aunque sean desacostumbrados, con tal de que sean tuyos. Ten valor para tus desnudeces.

No fui nada, nada soy, nada seré. Pero vivo en libertad y hago que las naturalezas nobles e indulgentes participen de los sucesos de esta vida interior, poniéndolos sobre el papel en la forma más concentrada. Soy pobre, pero soy yo mismo.